Llegado á Venecia, Cagliostro se relacionó con una genovesa, que del rango de marquesa habia descendido, de grado en grado, al vil oficio de prostituta.

El descubrió, bajo sus guiñapos, cebos todavia capaces de ayudarle en sus hazañas.

Talle esbelto;

Mirada atrevida;

Pechos tentadores;

Fresco aliento;

Esto, en cuanto á la parte física.

Y en cuanto á la moral:

Lenguage libertino;

Destreza especuladora;

Aturdimiento calculado;

Y corazon ávido de sensaciones,

La genovesa pareció á Cagliostro una escelente adquisicion.

Habia sido realmente marquesa.

El, la hizo condesa de mentirigillas.

Y bajo la fé de un matrimonio de comedia, comenzaron á correr juntos todo el mundo.

Ambos intrigantes encontraron, en uno de sus viages, al conde de Saint-Germain.

Este, reconoció en ellos, chispa para la alta intriga, é inició á Mr. y á Mme. Cagliostro, en los misterios de su gran arte.

Los nuevos adeptos se encaminaron á Paris,

Decididos á esplotar el entusiasmo que allí habia escitado su maestro.

Y ocupáronse, como él, en medicina, química y mágia.

Todo esto, pareció maravilloso al público.

La reputacion del Siciliano se hizo colosal.

Cómo se aprovechó de ella?

Esto es lo que se ignora.

Porque él no pedia dinero á nadie;

Tomando sus riquezas de la misma desconocida fuente, de

donde Saint-Germain las habia tomado, vivia honradamente.

Pagaba con la mayor exactitud.

Y hacia muchas limosnas.

Hizo mas:

Cagliostro ofreció hacer correr el Pactolo en casa de las personas que se decidieran á creer en su poder.

Así fué como el cardenal de Rohan, siempre lleno de deudas, se arrojó en brazos del charlatan.

El cual, por toda recompensa, exigia que se agregase S. E. á las sectas de «los iluminados,» y de «los teósofos,» de quienes era, segun decia, el gran pontífice.

El cardenal se hubiera hecho cuákero, con tal de tener dinero.

Prometió al conde todo cuanto este le exigió.

Y se apresuró el charlatan á componerle «una piedra filosofal,» propia para pagar todo cuanto debia.

Incluso, sin duda, el collar de Bossanges y Bœhmer.

Esta intimidad entre Cagliostro y Rohan, tal vez seria un poco exagerada por los murmuradores.

Pero el caso fué que pareció bastante verdadera á M. de Crone, gefe de policia.

Por lo cual, ordenó la prision de Cagliostro.

¿Y quién podia deducir la verdad en el asunto del collar?

Mil contradicciones se cruzaban en el exámen de este asunto.

¿Probaba la reconciliacion entre el cardenal y la reina?

¿Era su consecuencia la compra del collar?

¿Estuvo, efectivamente, esta alhaja en manos de la reina?

¿No ordenó ella que fuese devuelta á los joyeros, cuando no pudo pagar el primero de los plazos suscritos por Rohan?

¿En lugar de ser devuelto á Bœhmer y Bossanges, fué el collar vendido en el estrangero, por Mme. de la Motte y su marido?

Estas son otras tantas preguntas á que nadie supo responder.

Pero habia un dilema:

O el cardenal era un bribon.

O era una víctima.

En uno y otro caso, la reina estaba bien segura de aparecer en el asunto, pura como una blanca paloma.

Debemos, sin embargo, decir:

Que el collar habia sido ofrecido á la reina, antes de la intriga.

Que ella deseó comprarlo.

Pero que el rey se habia negado á satisfacer aquel capricho.

La atencion pública comenzaba á languidecer en el exámen de este asunto...

Cuando un nuevo incidente la despertó,

Por consecuencia del proceso instruido á M. de Rohan...

Otros dicen que por una combinacion concebida en Versalles, una señorita llamada d' Oliva, fué aprisionada, como implicada con sorpresa suya, en el asunto del collar.

Hed aquí algunos verdaderos detalles acerca de este incidente.

El verdadero nombre de la señorita, era «la Guay.»

Nació en Paris en 1761 de una familia honrada, pero pobre.

Y quedó huérfana á la edad de 17 años.

Apesar de la pobreza de sus padres, heredó de ellos una suma bastante considerable, relativamente.

Pero este capital, administrado por manos infieles, no tardó en ser comprometido y reducirse enormemente.

Tal era el recurso de Mlle. Guay.

¿Cómo iba á arreglárselas, pues?

Apenas lo que le habia quedado ascendia á cuatro mil libras.

¿Y que hizo?...

Puede inferirse, de las carreras que diariamente hacia al Palais Royal, bien sola, ó bien acompañada de un niño que una vecina «le prestaba.»

En uno de estos paseos, trabó conocimiento la jóven con el

conde de la Motte, que aparentemente asombrado de la circunstancia que luego diremos, condujo á la señorita Guay á casa de la condesa su mujer, como la persona útil para la ejecucion de cierto proyecto.

Esta circunstancia era un parecido admirable entre la aventurera y la reina.

Los rasgos fisionómicos;

La estatura;

Los movimientos...

Todo presentaba tal conformidad, que á menos de tener una gran costumbre de ver á S. M. nadie podia dudar que era ella al ver á la Guay.

Despues de algunas visitas y hasta algunos regalos, Madame de la Motte anunció Mlle. le Guay, que el azar, ó mejor dicho, su buena estrella, hacian que pudiera prestar un gran servicio á la reina.

Que por este servicio recibiria, primeramente, quince mil libras.

Y que luego quedaria asegurada su fortuna.

La pobre jóven, aturdida y maravillada, respondió que era una humilde criada de S. M.

Y que podia disponer de ella en todo.

En el dia convenido, se la condujo á Versalles, á las diez de la noche.

Iba magnificamente vestida.

Se le entregó un billete y una rosa.

Y se dijo:

Que debia, á su vez, entregar ambas cosas á un notabilísimo señor, que se presentaria ante ella en un bosquecillo del parque, cuando sonáran las doce en el reloj del castillo.

Le encargaron que habia de pronunciar muy pocas palabras.

Solamente, al dar la flor y el escrito al caballero, debia decirle:

«—Ya sabeis lo que esto significa.»

A esto se reducia su mision.

Y añadiéronle:

Que la misma reina, oculta en el bosquecillo, vigilaria el exacto cumplimiento de las órdenes que habia dado.

Todo se ejecutó como se habia previsto.

La Guay fué apostada por la Motte en un bosquecillo, en una noche oscura.

Llegó el gran señor....

Se inclinó ante la pretendida soberana...

Recibió la rosa...

Oyó sus palabras...

Pero el billetito quedó olvidado.

La condesa, que oculta habia presenciado la entrevista, acudió.

Y le dijo precipitadamente, en voz baja:

—«Venid, venid. Daos prisa!

El desconocido, que era el cardenal de Rohan, se alejó con Mme. de la Motte.

Y su marido, que apareció de repente, se llevó á la Guay.

La condesa volvió á ver dos horas despues á la aventurera.

Aseguróle que la reina habia quedado muy satisfecha de ella.

Y esto apesar del olvidado billete.

El cual, aseguró, no tenia mas que una utilidad muy secundaria.

Y lo quemó á la luz de una bugia.

Esta aventura ocurria en el mes de agosto de 1784.

Despues, Mlle. le Guay, calificada de «baronesa de Oliva,» por sus protectores, continuó viéndolos en París.

Comia amenudo en su compañía.

Y recibió de ellos, en diversos plazos, 4268 libras, sobre los 15.000 francos prometidos.

Mas tarde, se le declaró que ya no recibiria mas.

Y cesó de frecuentar á los de la Motte.

Sin embargo:

Creyéndose Mlle. Oliva lanzada á las vastas regiones de la política, habia abandonado la bohardilla que ocupaba «en la calle del Dia,» para situarse suntuosamente en la calle Nueva de San Agustin.

Un bellísimo mobiliario dado á crédito, le daba las apariencias de una mujer del gran tono.

Pero pronto sus acreedores se convirtieron en amenazas constantes.

Fué preciso sustraerse á sus pesquisas.

Tal era la situacion de Mlle. Oliva, cuando acaeció el asunto del collar.

Lejos se hallaba ella de pensar que habia tomado parte en la escandalosa intriga.

Y si entonces dejó á París, fué buenamente para escapar de las amenazas de sus acreedores.

Mlle. Oliva tomó, el 30 de Setiembre, el camino de Bruselas, donde vivia pacíficamente, cuando el 16 ó 17 de octubre, á media noche, fué detenida y conducida á la carcel.

Esta jóven supo con asombro que se hallaba implicada en el proceso del cardenal de Rohan...

Y apenas habia oido hablar de él, hasta aquel momento.

Fué trasladada á París.

Luego, encerrada en la Bastilla.

Interrogada...

Oida, despues, como testigo judicial.

Y al fin, decretada en forma su prision, fué mas estrechamente encarcelada.

Y esto, por su declaracion, que seria la que debiera haber probado su inocencia.

Hed aquí, sin la menor alteracion, lo que se dijo oficialmente.

Pero el público no lo creyó.

Por fin, terminóse el famoso proceso del collar.

El parlamento sentenció.

M. de Fleury, procurador general, muy influido por el baron

de Breteuil, enemigo del príncipe de Rohan, habia lanzado conclusiones terribles contra el cardenal.

De tal modo, que fueron recibidas con indignacion hasta por el mismo tribunal.

M. de Barillou, consejero, exclamó:

«Que aquellas no eran conclusiones de un procurador general, sino mas bien de un ministro, á quien no era difícil reconocer.»

M. de Seguier, abogado general, habló en el mismo sentido.

Y dirigió terribles personalidades contra M. de Fleury.

No sabemos hasta que punto tenian derecho de revelarse aquellos señores, cuando era público y notorio que habian recibido las declaraciones de Bœhmer y Bossanges y de diversos testigos.

Despues de muchos debates, el Parlamento pronunció la sentencia conteniendo las siguientes disposiciones:

«El cardenal quedaba pura y simplemente descargado de toda acusacion.

»Mme. de la Motte era condenada á hacer «pública retractacion» con una cuerda al cuello.

»A ser azotada públicamente.

»Marcada en los dos hombros.

»Y destinada al «hospicio» para el resto de su vida.

»El Sr. de la Motte, contumaz, condenado á las mismas penas que su esposa.

»M. Plante de Villette, desterrado á perpetuidad.

»El conde de Cagliostro, quedó libre de toda acusacion.

»Y la señorita Oliva, en libertad.

»Y las memorias de Mme. de la Motte, contra el cardenal y el conde de Cagliostro, quedaron suprimidas.»

Esta sentencia fué acogida por el aplauso universal de un numeroso y escogido auditorio.

Todo el mundo conocia la inmoralidad del cardenal de Rohan.

Pero en esta cuestion, todas las opiniones le eran favorables.

Ya fuese por el poder de la verdad.

Ya por la conciencia de los fraudes que habian sido empleados para desviar sobre él una gran parte de la tormenta.

Y esto con gran perjuicio de la equidad.

En cuanto á Mme. de la Motte, cualquiera que hubiese sido el destino primitivo del collar, era evidente que ella y su marido hicieron vender definitivamente los brillantes en provecho suyo.

Así, pues, estos bribones no inspiraban ningun interés.

Y no lo merecian, en efecto.

Aun cuando hubiesen obrado supeditados á altas é irrecusables influencias.

El baron de Breteuil, apesar de la sentencia satisfactoria dictada contra el cardenal, prometíase, sin embargo, vengarse de él, de un modo ó de otro.

Y lo hizo, yendo á pedirle que presentara su dimision de gran limosnero, dos horas despues que el príncipe salió de la Bastilla.

Pero el baron se engañó una vez más.

M. de Rohan lo habia ya previsto.

Y Breteuil no pudo anunciarle otra cosa, sino que el rey lo desterraba á la «Chaise-Dieu.»

El público llamó tirano á Luis XVI.

Tanto por este destierro;

Como por la dimision que le habia exijido.

Pero la «vox popoli» se quivocaba en este punto.

No podia negarse que Luis XVI, de cualquier manera que entendiese el asunto del collar, no podia menos de hallarse descontentísimo de la conducta del cardenal.

Mme. de la Motte seguia presa en la Consergeria.

Ignoraba la terrible sentencia pronunciada contra ella.

Y no podia comunicarse con nadie.

Ni aun con sus abogados.

Consumíala una sombria desperacion.

Sufria violentos ataques de nervios.

En uno de ellos, habia intentado abrirse la cabeza con su vaso de noche.

Desde entonces, habíanle puesto centinelas de vista.

Y además, por la noche, dormian dos mujeres, en su calabozo, y en su misma cama.

Tal era la situacion de esta rea.

El veinte de junio, se la previno que al dia siguiente por la mañana «saldria» de su prision.

Y que estuviese ya vestida á las seis de la madrugada.

—¿Con que trage? preguntó.

«Sencillamente», la respondieron.

En efecto, á la hora indicada, acudieron á buscarla.

Apenas habia dado dos pasos fuera de su calabozo, cuando fué rodeada por un gran número de carceleros.

La arrastraron hasta el pié de la escalera del palacio.

Y allí le fué leida su sentencia.

Al escuchar los terribles suplicios que la esperaban, se puso furiosa.

Se arrojó al suelo.

Hizo pedazos sus vestidos.

Y declaró que antes se dejaria descuartizar, que permitir tan cruel y vergonzoso suplicio.

Seis verdugos se apoderaron entonces de la infortunada.

Se defendió... se resistió con energía.

Y varias veces consiguió evadirse de los robustos brazos que la sujetaban con fuerza...

Pero al fin, quedó vencida.

Por fin, el verdugo principal se apoderó de ella.

Y alzando los restos de su trage hecho girones, imprimió el estigma de la justicia sobre sus muslos manchados de lodo y ya señalados por las bruscas uñas de los hombres que con ella habian luchado.

Mientras duraba esta fustigacion, un segundo verdugo, apesar de los sobresaltos convulsivos de la condenada, consiguió marcarla sobre un hombro.

Pero en el otro, el hierro candente no hizo mas que rozarlo, con ese ruido ligero que produce un cuerpo grasiento al ser quemado.

A través de los rugidos que lanzaba Mme. de la Motte, durante la ejecucion de la sentencia, oyéronse claramente estas frases:

—«Yo me tengo la culpa...

»Yo podia evitarme esta ignominia...

»Solo tenia que decir una palabra...

»Una palabra tan solo...

»Y me ahorcarian...

»Pero...

»Pero no seria yo sola la castigada.»

Despues comenzó á llorar amargamente.

Y añadió entre sollozos:

—«Este es el respeto con que se trata á los Valois?»

Terminó el suplicio.

Arrojáronla sangrienta, desmelenada, casi desnuda en un fiacre que debia conducirla al hospicio.

Mme. de la Motte consiguió abrir una portezuela...

E iba ya á precipitarse bajo las ruedas, cuando sus guardianes consiguieron evitar que cumpliera su intento.

Cuando llegó á la Salpetriere, se precipitó sobre su lecho con el rostro vuelto hacia abajo.

No tardaron en apercibirse sus guardianes de que se habia hundido en la garganta un trozo de sábana.

Si hubieran tardado un momento... muere asfixiada.

La mancilla de una descendiente de los reyes de Francia;

Las angustias de una mujer;

Este es todo el pago que obtuvieron los joyeros Bœhmer y Bossanges.

No creemos que se les diera otro.

Ni que el collar fuese pagado.

Y no solamente el nombre de la reina mezclóse vergonzosamente en este asunto, sino que nadie seguramente pudo afir-

mar que aquella alhaja no hubiera sido comprada por ella.

En verdad;

Los desperdicios de cierta refundicion de luises, no habrian sido mal empleados, aun cuando lo hubiesen sido gratuitamente, en ahogar tal escándalo, bajo el gran peso de un millon y medio.

CAPÍTULO III.

Nubes mensageras de la tempestad.—El caso que de ellas se hacia en la córte.—Amores de Mr. de Montbarrey.—Mme. Desmahis, *querida* de Mlle. Rancourt.—Las *armas amorosas* de esta jóven.—Desencanto.—La Asamblea de Notables.—Primeros relámpagos.—El traje de cola.—Burlas de los nobles.—Amor á las antigüedades.—Chasco.—La tempestad estalla.—Muerte de Luis XVI.—Despedida á las voluptuosidades cortesanas.—Adios á Versalles.—La prostitucion entre el pueblo vencedor.—Theroigne de Mericourt.—Su vida.—Anécdotas referentes á ella.

Creemos haber hablado bastante de la infortunada mujer, que fué esposa de Luis XVI.

Así pues, cesamos de ocuparnos de su historia, que como hemos visto, «fué escandalosa,» á juzgar por los escritos de sus contemporáneos enemigos.

En cuanto á nuestro parecer, repetimos lo dicho al principio de este capítulo.

Hay que poner en tela de juicio muchas de las aventuras que se le atribuyeron.

Por eso callaremos lo que luego se habló acerca de sus «intrigas galantes», con el vizconde de Mirabeau.

. . . . . .

En el horizonte político comenzaban á formarse nubes aterradoras.

Pero ¡oh ceguedad!

No conseguian detener, ni el vuelo de las locuras, ni los